

UN PARROCO PARA EL PUEBLO

por Jesús Fernández Navamuel

Eran los primeros días de 1890 cuando llegó a Llano, procedente de Santa Gadea y camino de Burgos, Don Bernabé. Un cura de una familia cristiana, con antecedentes de más sacerdotes, ya que Santa Gadea de Alfoz ha sido cuna de muchos religiosos y religiosas.

Don Bernabé nació al sacerdocio en Llano y murió en Llano. No pudo comparar otra grey, porque siempre tuvo la misma a lo largo de su vida sacerdotal.

Don Bernabé era un cura al uso: sotana raída, bonete, rosario en mano y grandes paseos por el pueblo.

Pero vamos a hacer un poco de historia, a riesgo del olvidar muchas anécdotas familiares.

El respeto y admiración que tenía Don Bernabé en Llano llegaba a límites insospechados.

Había en Llano, en aquella época y durante muchos años, tres centros de culto: la iglesia parroquial, la ermita y el Santo Cristo de la Torre, casa de los Andaluces. En un pueblo como Llano, que por aquel entonces estaría en 300-350 habitantes, había tres iglesias; si tres iglesias.

Misa todos los días en Llano. En la iglesia la normal, en el Santo Cristo los viernes, al menos durante el verano, y los sábados en la ermita. Rosario todos los días en la iglesia parroquial. Una vida religiosa muy intensa, según las normas de la época.

Don Bernabé, según referencias, era muy respetuoso con todos los vecinos; no se metía en la vida de nadie; aceptaba el pensar de otra forma.

A mis abuelos los casó en Llano y se quedaron a vivir en la Torre, para mantener y cuidar de la casa de los Andaluces. No tengo referencia de quien vivía antes; se que, con motivo de su entrada, hubo una reforma.

La Torre era una casa de un arcipreste, que compraron los Andaluces; podía ser incluso un efecto de la desamortización de Mendizábal. Mis abuelos iniciaron su vida allí, allí nacieron mis tíos y mi madre, y también mis dos hermanas, y yo en los años cuarenta.

Pero Don Bernabé, que es nuestro personaje, seguía avanzando en edad e influencia en Llano. Vivía como el pueblo; no hacía ningún alarde, no tenía medios para ello. Sus tertulias en la botica; no iba por las cantinas, y le gustaba, en los ratos que la lectura del "breviario" se lo permitía, si había alguna obra, una casa que hacer, un puente, ser espectador, ver cómo se hacía. Iba en verano a ver segar, a trillar, a departir con la gente. Convivía con el pueblo. Hemos dicho que no se inmiscuía en las ideas de los que no participaban de la iglesia, pero tampoco trataba de atraer; tenía ya definido el destino de cada uno.

No existen para mí demasiados detalles de sus años 20-30, que ya le iban haciendo mayor. Pero sí voy a traer aquí las anécdotas de cuando la guerra.

Fue muy precavido de guardar todo lo que era posible salvar de los robos que se producían en las iglesias, sin saber de que signo eran los que lo hacían.

Don Bernabé era muy - lo digo en sentido cariñoso - socarrón; cuando otros iban él venía. Y buscó los lugares más insospechados para guardar los cálices y otros utensilios de valor de la iglesia.

Pero ¿qué hacer con el pendón?. Eso no era fácil y, además, sabía que lo querían. Para hacer una fiesta, para romperlo, para hacer una gracia, Don Bernabé se llenó de ingenio y lo metió en un saco viejo, el único que tenía.

Y, más audaz, lo tiró en el desván.

Y vino el registro que esperaba, y comenzaron las preguntas

- *¿Y donde está el cáliz?.*
- *Vosotros sabréis.*
- *¿Y donde está la capa azul?.*
- *Vosotros sabréis.*
- *¿Y donde está la cruz?.*
- *Vosotros sabréis.*

le increpaban, y no aparecía nada.

- *Pues aquí estaba.*
- *Otros que han venido antes lo habrán llevado.*

Los buscadores no se sentían satisfechos y comenzaron a buscar por su casa, y subieron al desván.

Y comenzó el registro de armarios, arcas y demás lugares, y andando por el desván daba patadas a un saco, este sacote, este sacote.

- *Tomasa has dejado en medio este sacote*

y seguía dándole patadas.

Dentro estaba el pendón, y así se salvó. Muchos años ha durado, hasta hace dos que un virtuoso Santiago Zaragoza, casado con Asun, lo ha rehecho, y ahora luce aún con más fuerza que antes.

De no ser por el ingenio de Don Bernabé, hoy posiblemente no existiría este estandarte, que ha sido como una consigna para todos los que hemos nacido en Llano.

Y así pasó Don Bernabé la guerra, que nunca debió existir, que tanto daño nos hizo, y que ha servido para saber que no hay buenos ni malos, que somos iguales y que las diferencias a

veces nos hacen cometer errores. Y vinieron los años 40, de una dureza fuera de lo común para nuestro pueblo.

¡Y como una plaga llegó del pantano!. Fue la maldición de nuestro valle. Y nacimos una generación, hoy de hombres, que no voy a traer aquí porque sería imperdonable dejarme alguno, pero que todos nos conocemos.

Don Bernabé ya se hacía mayor, y seguía ejerciendo su apostolado a su manera. El respeto que se le tenía era mayor si cabe. Se le veía de lejos y se iba presuroso a besar su mano.

- *Buenas tardes tenga Vd.*
- *Buenas tardes*

Y nos marchábamos corriendo. Y llegaron los 50, y Don Bernabé tenía 80 años. Su lenguaje era a veces un tanto tosco pero entrañable. Su palabra preferida era el

- *Conen, conen.*
- *Tomasa, ha venido una cambrioneta que trae sarcinas.*

y otras frases de esta índole. Toda madre o abuela de Llano, a su hijo o nieto, cuando ya había aprendido a leer, los siguiente era aprender, como decía mi abuela Felisa ¡el ayudar a misa!. Mi abuela se lo sabía a su manera, y así lo tenía que aprender yo. Tenía un cartón, que se lo había dado Don Bernabé, y yo me lo aprendí, con 6 años, de memoria, en un latín creo que irreverente, por la cantidad de defectos que debía tener.

¡Yo ayudé a misa a Don Bernabé!. Yo le levanté la casulla en la misa de cada día. Yo toqué la campanilla en la consagración. Yo le oí decir misa, por supuesto de espaldas al público y en latín.

Y traigo aquí lo mejor de mi relato, al menos para mí.

Traigo aquí la memoria de niño, grabada a fuego, del Sr. Máximo, cantando la Salve en el rincón del coro, siempre en el mismo sitio, siempre en el mismo tono, siempre con la misma fe, siempre presente, siempre llevando a los demás. Todos los niños de entonces tenemos esa imagen grabada.

Y la otra estampa inolvidable era rezar el Via Crucis (en la iglesia de Llano entonces no había bancos, había sillas, reclinatorios). Don Bernabé ya no podía.

En Semana Santa, rezar el via crucis ya lo delegaba en Goyuco. He dicho que no había bancos, porque había espacio en la iglesia, y las sillas se movían, y en la parte delantera había una zona libre.

Y Goyuco hacía desde la 1ª hasta la última estación, y repetía:

- *Adoramos y bendecimoste.*

Y todos contestábamos:

- *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Y hasta echaba alguna sonrisa, porque Goyuco llevaba la alegría en él. Y Don Bernabé detrás y todos detrás.

Ha sido esta imagen del via crucis en la iglesia de nuestro pueblo, y rezado por Goyuco, algo que yo nunca he olvidado.

Mi más admirado recuerdo a estos dos hombres fervorosos y alegres, que hemos tenido la suerte de tener entre nosotros y enseñarnos el camino a seguir.

Y llegó un 7 de febrero del año 54-55, no lo sé con exactitud, basta mirar en los libros, y yo fui a misa, con mis hermanas y madre. Hacía un sol espléndido a las 10 de la mañana. Dos metros de nieve de media, y por los neveros hasta 4 y 5.

Las fuentes estaban tapadas; bajábamos, por lo bueno que hacía, a la escuela de chicas que estaba en el pantano.

Fuimos a misa; la celebra ya Don Abraham, sobrino de Don Bernabé.

Ya estaba muy grave.

Al salir se levantó una ventisca, un temporal algo increíble. No se veía en 2 metros. Por la senda, a duras penas pudimos llegar a casa. Perdimos en el camino las albarcas, la bufanda; mi madre nos metió a rastras en casa. El 14 de Febrero falleció Don Bernabé. Una nueva era vino a Llano; un nuevo cura, algo distinto, era lógico.

Nos vino Don Donato en 1954

En Llano de Valdearroyo, abril de 2006.